Este es el cuento de Adrián y de cómo encontró el pizarrón encantado y de las cosas que hizo con él. Todo empezó así:

Adrián estaba de vacaciones y jugaba a la pelota con sus amigos en el callejón. A veces metían gol, a veces rompían las ventanas de los vecinos, así como ahora; y se asomó a gritarles un profesor barbudo y Adrián llegó a su casa muy aprisa; sin aire, porque subió cuatro pisos.

—Ya llegué —gritó, como hacía siempre.

Nadie le contestó. Su mamá no vino de la cocina y de las otras piezas tampoco vino nadie. Adrián prendió la luz, pues empezaba a oscurecer. En la mesa del comedor

encontró un papel que su mamá le había dejado:

Adrián:

Tu papá está enfermo y tengo que irme con él enseguida. Por más que te busqué, quién sabe dónde andabas. Hijito, pórtate bien. Te dejo cinco pesos para que te vayas a casa de tu tío Austero. Le das la carta que aquí verás. Hijo, pórtate de veras bien, lávate los dientes y acuérdate de decir buenos días.

Muchos besos de tu mamá.

Adrián se quedó leyendo la carta varias veces. El papá de Adrián era ferrocarrilero. Él y sus compañeros habían hecho una huelga, esto es, dejaron de trabajar para pedir cosas justas y necesarias: más sueldo y beneficios para sus hijos y sus mujeres. Nada les concedieron y vinieron policías y soldados a pegarles. El papá de Adrián se quedó sin trabajo y se fue entonces de bracero a otro país; desde allá les mandaba cartas y dinero. Ahora también se había marchado su mamá. Adrián pensó dormir en la casa sola y buscar a sus tíos al otro día, pero eso le pareció muy triste. Mejor apagó las luces, tomó una maletita que le había preparado su mamá y cerró el departamento con llave.

Se fue sin despedirse de sus amigos. La ciudad se veía muy cambiada; los edificios iluminados, mucho más altos; los callejones, oscuros y mal encarados; las avenidas, con demasiados coches de ojos deslumbrantes, dispuestos a atropellar.

Pero así es todo si andamos solos por la noche.

La casa de los tíos era muy grande, con un zaguán muy alto y un portón medio desvencijado. Adrián no alcanzaba el timbre, tocó el aldabón y lo oyó retumbar tres veces. El aldabón era una cabeza de perro que se le quedó viendo de mal modo, como diciendo: "toca más quedito".

Ya los tíos esperaban a Adrián.

—Tu mamá nos habló antes de irse.

—Pasa. ¿Ya merendaste? Ven y siéntate con tu tío.

Vivían allí la tía Cleopatra y el tío, con sus tres hijos; también una tía muy anciana, doña Pompilia; no se dejaba ver mucho y nada más tejía y tocaba discos, encerrada en su cuarto; le gustaba la ópera y siempre se oían las voces de muchísimas personas cantando en derredor de ella. Los dos primos y la prima ya eran viejos, como de treinta años cada uno; se llamaban Eduardo, Agamemnón y Titina.

La casa estaba llena de roperos con espejos; tenía más escaleras de lo que parecía necesario y un sótano enorme. También muchos rincones, tinas de baño con patas de animal, selva de plantas en los corredores y un loro malhumorado, que había sido de la mamá de Pompilia, el cual gustaba de recitar poesía entre las plantas, pero no lo hacía muy bien. Entre verso y verso interpolaba otros párrafos, o se le revolvían unos poemas con otros.

Por ejemplo:

—Volverán las oscuras golondrinas, rica papa, rica papa, tu superficie es el maíz, rico maíz, rico pan con leche, suave patria, suave patria, jajajajaja.

Don Austero leyó la carta y dio la mano solemnemente a Adrián:

—Bienvenido a esta humilde casa. Veremos que hagas tu tarea y te aprendas la tabla de multiplicar. Merienda para que te vayas a dormir.

Adrián no aclaró que estaba de vacaciones y se sabía la tabla desde hacía tres años, no fueran a enseñarle otras cosas. Durmió en un cuarto muy grande, con la cama dorada y un tocador de madera oscura, con mármoles y espejos.

(Ya pronto va a aparecer el pizarrón)